

PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO

Omnis qui se exaltat humiliabitur et qui se humiliat exaltabitur.

Todo aquel que se exalta será humillado; y el que se humilla será exaltado.

(S. LUCAS, c. XVIII, v. 14.)

Jesucristo, hermanos míos, dirigió la parábola del fariseo y del publicano á aquellos que, como dice el Sagrado Evangelio, confiaban en sí mismos, reputándose justos, y despreciaban á los demás. Esta parábola nos presenta dos clases de orgullo, que son como dos ramificaciones del mismo vicio. La una es la presunción de sí mismo, la falsa opinión del mérito que se cree tener, y la confianza en su propia virtud; la otra, que es generalmente consecuencia natural de la primera, es la comparación que se hace de sí mismo con el prójimo, la preferencia que uno hace de sí, y el desprecio que por el otro se tiene. La idea del mérito propio y la de ser superior á los demás no son dos vicios diferentes, sino dos especies de vicios, ó por mejor decir, dos formas distintas de uno solo. El uno ofende directamente á Dios, en atribuirse á sí mismo lo que no puede ser sino un don de la infinita misericordia; el otro ataca al prójimo por el lado más sensible. Así pues, el orgullo es de todas maneras diametralmente opuesto á los distintos deberes de la caridad, é igualmente contrario á lo que prescribe la justicia con respecto á Dios y con respecto al prójimo, porque disputa al uno su dominio supremo, y se esfuerza en rebajar el mérito del otro. Veamos ahora cómo Jesucristo condena en su parábola las dos especies de orgullo. *Ave María.*

Dos hombres subieron al templo á orar, dijo Jesucristo, hermanos míos, el uno fariseo y el otro publicano. He aquí dos hombres de profesión muy distinta, que van á un mismo tiempo al templo de Dios á dirigirle sus oraciones. El uno es fariseo, y por consiguiente, de aquellos hombres extremadamente considerados entre el pueblo judío

por la regularidad de sus costumbres, por su conducta severa, por su escrupulosa exactitud en cumplir con todos los preceptos de la ley, por sus multiplicados ayunos y por la abundancia de sus limosnas. El otro es un publicano, es decir, un recaudador de los tributos públicos, profesión en general mal mirada de las gentes, ya en razón de sus funciones, ya á causa de sus riquezas, que excitan la envidia, y profesión principalmente aborrecida entonces en la Judea, por las vejaciones y usuras de que era acusada. Y parece que esta aversión no dejaba de ser justa, pues en muchos pasajes del Evangelio vemos que se da indistintamente el nombre de publicano y el de pecador á unas mismas personas. Estos dos hombres van á presentarnos dos ejemplos de oración absolutamente distintos, lo cual sule suceder con frecuencia; pero en sentido enteramente contrario al que se pudiera imaginar, pues aquí el que tiene todas las apariencias de santidad y de virtud es el que hace una oración criminal y reprobada, mientras que el que á los ojos de todos es un gran pecador, dirige al Altísimo una súplica que le es agradable y que logra su justificación. ¿Qué es lo que viene á viciar la una y á purificar la otra? No es más que el orgullo de que va acompañada la primera, y la humildad con que es ofrecida la segunda.

El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera... Jesucristo nos hace notar, antes que todo, la orgullosa postura del fariseo. Este hombre, engrdeído con sus aparentes méritos y con la consideración que ellos le habían granjeado, no se digna humillarse ante la Majestad suprema, á quien los ángeles mismos no contemplan jamás sin temblar, y entra en el templo con la frente erguida, como si hiciese á Dios un favor en invocarle.

Además del sentimiento de arrogancia que mantiene al fariseo en aquella postura altanera, tiene otro motivo que le obliga á permanecer allí. Como él ha entrado en el templo más por parecer bien á los hombres que por agradar á Dios; como su principal objeto es mantener y aumentar su fama de hombre piadoso, y la consideración que esta fama le acarrea, tiene su principal interés en que todos le miren, y por eso escoge la actitud más adecuada para conseguirlo. Esta hipocresía nos llena de indignación sin duda alguna; pero, si tendemos la vista á nuestro alrededor, si penetramos en nosotros mismos, veremos que muchas de nuestras acciones no han tenido mejor origen ni han sido practicadas con otro objeto que el de atraer las miradas de los hombres y ganar su consideración y su respeto. ¡A cuántas obras que, para ser meritorias, sólo les ha faltado una intención pura, el ser hechas por Dios y tener á Dios por objeto, no ha viciado

y convertido en acciones malas el sentimiento de vanagloria, que les ha dado origen, y el deseo de las consideraciones humanas, que han tenido por su fin principal y verdadero!

Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. ¿Merece ser escuchada esta oración del fariseo? En ella se ven desplegadas las dos especies de orgullo de que hemos hablado anteriormente. Empieza por compararse á los demás y por felicitarse de no tener sus defectos, y concluye por ensalzarse á sí mismo, en consideración á las buenas obras que se atribuye. Para conocer los vicios de esta oración, y acaso de muchas de las nuestras, es preciso entrar en algunos detalles.

El fariseo comienza por dar gracias á Dios; sentimiento que sin duda es muy laudable en sí, porque el reconocimiento hacia la Divinidad es, al mismo tiempo que una virtud, un deber del hombre. Su expresión constituye una parte esencial de nuestro homenaje; pero, para que la acción de gracias sea accepta y meritoria á los ojos de Dios, debe reunir tres condiciones. Primera: ha de tener por principio, por una parte, la convicción de la necesidad que tenemos de la gracia divina, y por otra, la contemplación de la infinita Bondad, que se ha dignado colmarnos de sus dones, mereciendo su castigo. Segunda: debe ir acompañada de otros dos sentimientos: del dolor de haber correspondido tan mal á los beneficios que el Señor nos ha dispensado, y del temor de la cuenta que hemos de dar un día. Tercera: debe tener por término, no nuestra propia alabanza, sino la de aquel divino y bondadoso Maestro, que no deja nunca de prodigar-nos sus favores. El pecador es el que se glorifica á sí mismo; el justo glorifica á Dios. Según estos principios, es muy fácil de apreciar la acción de gracias del fariseo y un gran número de las nuestras. En ellas no hay más que considerar de dónde proceden y qué es lo que producen; esto es, si su principio y su efecto son el orgullo ó la humildad.

¿De qué da gracias el fariseo al Señor? De no ser como los demás hombres, robadores, injustos y adúlteros. Es bastante común el declamar contra los hombres, contra sus desórdenes y contra sus vicios; pero no es el verdadero celo el que se entrega á esas sátiras violentas y amargas. Cuando los justos piensan en los pecados que con tanta frecuencia se cometen en el mundo, sólo es para aligirse por ellos, para deplorarlos delante de Dios, para pedirle que los haga cesar y para hacer por ellos penitencia.

Pero las sátiras dirigidas contra los desórdenes del mundo suelen

ir también plagadas de injusticias, en primer lugar, por su exageración, porque son sin medida, como la pasión que las ha engendrado, y en segundo, porque, de generales que son en un principio, degeneran casi siempre en aplicaciones personales, contrarias, no solamente á la caridad, sino también á la justicia. Esto es lo que se observa en la plegaria del fariseo. ¿Merecía el publicano, ultrajado por sus desprecios, la reconvencción que el otro le dirige? Todo, por el contrario, debe hacerle juzgar favorablemente de aquel hombre, pues le halla en el templo y le ve orar con fervor, con recogimiento y modestia. Luego es únicamente á causa de su profesión el considerarlo en el número de los grandes pecadores; como si las profesiones más expuestas á pecar no pudiesen producir santos. El juicio que el fariseo forma de aquel hombre es desde luego temerario en sí mismo, y además es absolutamente injusto con relación al hecho. Así el orgullo, que le ha hecho primero violar la caridad, le hace después faltar á la justicia. No hay desorden á que no conduzca esta pasión deplorable.

El fariseo, no sólo aparenta un desprecio reprensible hacia todos los hombres, y especialmente hacia el publicano, sino que hace entre sí mismo y todos los demás una comparación más insultante todavía: tal es la marcha ordinaria del orgullo. Así lo podéis notar en todos aquellos de quienes tal sentimiento se halla apoderado, y examinándolos con atención vosotros mismos, os encontraréis con las mismas inclinaciones. Se complace uno en establecer comparaciones entre sí mismo y los que cree inferiores á sí, porque en ello se encuentra un pretexto para glorificarse; pero se evita el ponerse en parangón con los que se cree superiores, porque en ello se encontrarían motivos harto fundados para humillarse. ¡Ah! si hemos de compararnos con alguno, que sea con los santos, que la Iglesia nos presenta para que les tributemos nuestros homenajes y para que nos sirvan de ejemplo: esta es la comparación que nos será útil. Su conducta servirá de instrucción á nuestra ignorancia, de remedio á nuestras imperfecciones, de sostén á nuestra debilidad, de aliento á nuestra cobardía y de respuesta á las vanas disculpas de nuestra tibieza. Al contemplarlos, veremos lo que debemos ser, y al considerar la gran distancia que nos separa de ellos, nos animaremos á salvarla. Tengamos la noble emulación de ser iguales á los grandes santos, y no la baja y estúpida vanidad de ser superiores á los grandes criminales.

El fariseo se gloria de no encontrarse en el número de estos últimos, de no ser robador, injusto ni adúltero. ¡Gran motivo de gloria, el no estar manchado de algunos crímenes enormes! ¿Qué diríamos

del ladrón que se jactase de ser virtuoso por no haber cometido nunca un asesinato? Pero esta es la consecuencia natural y ordinaria de la comparación que por lo común hacemos de nosotros mismos con los demás. Buscamos á los que son todavía más viciosos que nosotros, para autorizarnos á serlo un poco menos que ellos; nos gozamos con maligna alegría en sus faltas, creyendo que ellas justifican las nuestras, y juzgamos, en fin, con gran severidad las pasiones de que nos creemos exentos, y con extremada indulgencia las que nos vemos obligados á reconocer en nosotros mismos. El libertino tendría á menos el parecer ambicioso, y éste se sonrojaria de caer en el libertinaje. El avaro detesta al orgulloso, y éste á su vez desprecia al avaro. Parece que nuestros vicios recíprocos deberían hacernos tener indulgencia para con los otros, y establecer en la sociedad una especie de tratado de tolerancia mutua. ¿Por qué son entonces entre nosotros un objeto continuo de oposición, de maledicencia y de quejas? Eso es efecto de la vanidad, de que van siempre acompañados. El discurso del fariseo existe en todos los corazones: cada uno se lisonjea, al descubrir en los demás defectos que él no tiene, y que juzga, por consecuencia, mucho más graves que los suyos propios; y como el fariseo, que no piensa en su orgullo ni en su hipocresía, ni en ningún otro de los vicios que tiene, apartamos la vista de nuestros graves y numerosos defectos, para no ver más que los del prójimo. Nosotros vemos hasta la más pequeña paja en su ojo, pero no la viga en el nuestro.

El fariseo se gloria de no tener los vicios que echa en cara á los demás. ¿Y está seguro de que él se halla libre de ellos? El puede solamente afirmar no haber cometido sus actos exteriores; pero ignora que en la voluntad es en lo que principalmente consiste el pecado, y que un consentimiento formal dado á un pensamiento ilícito basta para hacer al hombre culpable á los ojos de aquel que penetra los corazones. Yo no soy robador, dice; esto es, no me he apoderado jamás, por astucia ni por violencia, de los bienes de otro; pero ¿no ha mirado nunca la fortuna del prójimo con ojos de envidia, ni le ha robado con sus maledicencias un bien todavía más precioso que la fortuna? Yo no soy injusto, dice también; es decir, no he pronunciado en los tribunales sentencias inicuas. ¿Y cómo se olvida de los juicios, no sólo temerarios, sino falsos, y por consecuencia injustos, que su amor propio le ha hecho continuamente formar contra su prójimo, y de que el publicano es en aquel momento una víctima? Yo no soy adúltero, dice por fin; esto es, yo no he manchado con mis demasías la santidad del lecho nupcial. Pero sus miradas ávidas

y sus impuros deseos ¿no han depositado este crimen en su corazón? Ésta era una consecuencia legítima de las máximas de la secta de los fariseos. Como estos hombres, según Jesucristo les echa en cara, no practicaban buenas obras sino para que las viese el mundo, hacían consistir toda la virtud de ellas en actos puramente exteriores. Limpiaban con un cuidado escrupuloso el vaso por fuera, y por dentro lo dejaban lleno de suciedades y de inmundicias, y con tal de presentarse á los ojos del público como esos soberbios mausoleos que atraen las miradas, les importaba muy poco que su interior fuese todo miseria y podredumbre. Esta inversión de ideas, demasiado común hasta entre cristianos, es diametralmente opuesta á los principios de la religión, cuyo objeto es formar los adoradores en espíritu y en verdad. La ley divina impera sobre el espíritu, sujeta la voluntad, cautiva el corazón y enfrena los deseos. A los ojos de la Divinidad, el culto exterior no tiene otro precio que el que recibe del culto íntimo, y las obras más admirables no son meritorias sino por el sentimiento que las produce.

Otro punto, en el cual peca también la jactancia del fariseo, es en alabarse de no haber cometido grandes crímenes. ¿Cuál es el motivo que de ellos le ha preservado? ¿Es por ventura el deseo de ser justo delante de Dios? De ningún modo; es la pretensión de parecerlo á los ojos de los hombres. ¿Cuántos de nuestros hechos tienen por origen este vicio desgraciado! No está prohibido, es verdad, y hasta es un deber el parecer virtuoso; pero antes existe un precepto, más positivo y más estricto, el serlo realmente. La edificación del prójimo es un deber, pero la ostentación es un pecado. La diferencia entre una y otra consiste en la intención que las produce; la una deja ver las buenas obras para procurar la salvación de los hombres; la otra las ostenta para atraerse su estimación; la una no busca más que la gloria del Hacedor Supremo, mientras que la otra corre exclusivamente en pos de la suya propia. Entre ambas existe la inmensa distancia que hay entre la caridad y la vanidad, de que emanan respectivamente.

De su insultante comparación con los demás hombres, el fariseo pasa al elogio directo de sus buenas obras: *Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo lo que poseo*. Observemos, en primer lugar, cuál es el objeto sobre que recaen las alabanzas que se prodiga; no se fundan en lo que él es, sino en lo que hace; esto es, no alaba sus virtudes internas, sino sus actos exteriores. Ved cómo siempre está animado por un mismo principio. No desea otra cosa que atraerse las miradas del público, sin tener en cuenta cómo las atrae, y aquí es

el único objeto de sus alabanzas, porque es también el solo y exclusivo fin de sus deseos. Hace consistir la esencia de la religión en prácticas ostensibles, en un ayuno que no está mandado y en el pago de diezmos más allá de lo que la ley ordena. Y este triste defecto farisaico ¿no se encuentra también algunas veces en el seno del Cristianismo? Lo que hay todavía más doloroso es, que este defecto alcanza también á muchas personas que, por otra parte, viven con cierta especie de regularidad, gozando de una reputación piadosa, en algún modo merecida. Al ejercicio de las virtudes estrictamente mandadas por el Evangelio se han sustituido prácticas piadosas, pero innecesarias, descuidando los deberes esenciales del estado ó profesión, por observancias minuciosas y frívolas. Así el hombre ha llegado á abusar de todo, hasta de la piedad misma, y así, por una falsa idea de la santidad, se da pie á los libertinos é incrédulos para que la calumnien. Las obras de mera devoción pueden ser como un suplemento á los deberes, pero jamás pueden reemplazarlos. Son útiles cuando están agregadas al cumplimiento de aquellos; pero son reprensibles y aun perniciosas cuando tratan de sustituirlos. Esta inversión ó trastorno de la moral evangélica nace de dos causas diferentes: en las personas sencillas, de la ignorancia, de la falta de luces y de un falso celo; en las personas ilustradas, como los fariseos, de la hipocresía ó ambición de apropiarse las consideraciones debidas á la piedad, á expensas de la piedad misma, y de alcanzarlas con el menor trabajo posible. Esto sucede, porque la práctica de ciertas obras religiosas es mucho más fácil que el cumplimiento exacto y continuo de todas las obligaciones.

Las alabanzas que se prodiga el fariseo, no sólo son viciosas por su objeto, sino que también son culpables en sí mismas. El cristiano ilustrado por la divina Sabiduría las merece, pero no se las tributa; deja á los demás el cuidado de hacer su elogio, pero no lo hace jamás por sí mismo. El Señor ha dicho que todo arrogante cae en abominación delante de él, y que el orgullo es odiado por Dios y por los hombres. Juzguemos de esta verdad por el efecto que en nosotros mismos producen esos hombres, que encontramos en la sociedad con harta frecuencia, envanecidos con su propio mérito, queriendo eclipsar el de todo el mundo, y molestando nuestros oídos con la fastidiosa jactancia de su talento, de su sabiduría, de sus virtudes, y de todos los rasgos, en fin, de su pretendida superioridad. Estos creen conciliarse así nuestra consideración y nuestro respeto, y por un justo castigo de su vanidad estúpida, lo único que consiguen es nuestro desprecio. ¿Acaso, me diréis, no es permitido jamás al hombre justo tributarse

los elogios que merece y dar á conocer las buenas obras en que ha empleado su vida? No exageremos los deberes, y coloquemos junto á los preceptos de nuestra ley santa, las excepciones que ella misma ha hecho. El cristiano, atacado por la calumnia, tiene indudablemente el derecho de disculparse, y hasta es una obligación en aquel cuyo ministerio exige una reputación sin mancha, porque éste debe á las funciones de su cargo el no dejarlas envilecer por injustas acusaciones. San Pablo llenaba este deber cuando, para sincerarse de las inculpaciones que trataban de dirigirle, manifestaba detalladamente á los de Corinto, tanto los penosos sufrimientos que había experimentado por el Señor, como los señalados favores que de él había recibido. Job tampoco pecaba cuando á las detracciones de sus enemigos crueles oponía el relato de sus virtudes y de sus buenas obras. Distingamos, pues, la apología del panegirico, y no confundamos la justificación con la jactancia: porque una cosa es el no dejarse oprimir por la calumnia, y otra el pretender avasallar á otros con lá propia superioridad. La justa defensa no es el orgullo.

En fin, el último vicio de la oración del fariseo es que, ocupado completamente en sí mismo y en sus pretendidos méritos, no piensa en pedir nada á Dios. No implora el perdón de sus pecados, porque creería ofender su inocencia, ni la reforma de sus defectos, porque no reconoce en sí ninguno, ni el aumento de sus virtudes, porque cree poseerlas todas en el más alto grado, ni el don de la perseverancia, porque no duda en modo alguno de sus fuerzas. Mientras que los mayores santos no obran su salvación sino con temor y miedo, sin llegarlo á perder hasta por aquellas culpas que ya les han sido perdonadas, y piden sin cesar misericordia, tanto de sus faltas ignoradas como de las ajenas en que hayan podido tener alguna parte; mientras que esos modelos de perfección no están seguros de su perseverancia, y en tanto que Dios descubre algunas imperfecciones hasta en los espíritus más puros que rodean su trono, aquel hombre, inflado de orgullo y gangrenado por la hipocresía, tiene el atrevimiento de creerse sin mancha. Su presunción insolente le coloca en un grado de perfección, á la cual no tiene medios de subir, ni por consiguiente peligro de decaer de ella. ¡Funesta ceguedad, que es á un mismo tiempo la consecuencia y el primer castigo de su detestable pasión; juicio merecido, que castiga al orgulloso por la vanidad misma de sus pensamientos; juicio terrible, en fin, que le priva de su último recurso! Dios permite que, desconociéndose á sí mismo, pierda hasta la idea de pensar en su conversión, dejándole caer en el estado de esos enfermos á quienes no les queda ni el conocimiento de su mal,

ni el sentimiento de sus necesidades, ni el deseo de recobrar la salud.

Jesucristo compara con el orgullo del fariseo la humildad del publicano. Mas no nos extenderemos sobre este punto. Bástenos con indicar aquí el contraste que forman el hombre que pasa por pecador y el que tiene usurpada la reputación de piadoso.

Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí, pecador. ¡Qué diferencia entre este modelo de penitencia y de humildad, y el ejemplo de orgullo que hemos visto hace poco! Mientras que el soberbio fariseo, por la arrogancia de su actitud, insulta á los hombres y desafia á Dios, el virtuoso publicano evita las miradas de la tierra y teme las del cielo. Asi es que se coloca lejos del altar y en la parte menos visible del templo, porque quiere ser visto sólo por Dios. Sin embargo, como no se juzga digno de acercarse á él, elige, como hemos visto, el último lugar en el santuario. Si la contemplación de la divina misericordia le inspira la suficiente confianza para venir á implorarla en el templo, el sentimiento de su propia indignidad le hace mirar como un favor el ser admitido en el más ínfimo rango. No se atreve ni aun á levantar los ojos hacia el Juez á quien invoca, y la vergüenza le obliga á bajarlos al suelo. No se contenta con sonrojarse por sus pecados, sino que los quiere expiar por medio de la mortificación, y hiere con fuerza su pecho, como para castigar-se por las ofensas que ha cometido. Su plegaria, en fin, es tan humilde, como arrogante la del fariseo; y encierra, al mismo tiempo que la confesión modesta de sus faltas, la súplica sumisa del perdón. He aquí el modelo de nuestra penitencia y de nuestras oraciones. Si alguno osara creerse exento de pecado, se parecería al fariseo orgulloso; porque nosotros todos hemos ofendido á Dios, y acaso mucho más gravemente que el publicano del Evangelio. Nosotros no tenemos más que un asilo contra la Justicia suprema que nos amenaza, y esa es la misericordia de Dios, que aun se digna recibirnos. Arrojámonos en los brazos que ella nos tiende; arrojámonos con entera confianza; pero no con la confianza presuntuosa del fariseo, sino con la confianza humilde y tímida del publicano, fundada sólo en la bondad indulgente del que desea nuestra conversión más que nosotros mismos. Llevemos á sus pies, como el publicano, una confesión sincera, un dolor vehemente y una satisfacción abundante, y después esperémoslo todo de la Divinidad, y nada de nosotros.

Os digo que éste, y no aquél, descendió justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Los sentimientos diferentes de estos dos hombres hacen pro-

nunciar sobre ellos dos decretos contrarios, y el uno de ellos vuelve á su casa libre del peso de sus culpas, mientras el otro sale cargado con una culpa más. Tales son, según Jesucristo declara, las consecuencias opuestas de la humildad y del orgullo. Nosotros hemos nacido para la grandeza; la elevación de nuestro corazón nos lo dice y la misma fe nos lo enseña; pero debemos conseguirla por el camino de la humildad. Jesucristo repite con frecuencia en su Evangelio, á fin de inculcarnos mejor esta máxima fundamental de su religión, que el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Nosotros no podemos revocar esta sentencia, y todos debemos experimentar esa alternativa. Nuestra humildad será recompensada por la gloria, ó nuestro orgullo castigado por el oprobio. En nosotros está elegir entre la gloria de la vida presente y la de la vida futura, entre una gloria pasajera y efímera y la gloria eterna, y en fin, entre la miserable gloria que dispensan los hombres y la gloria inmensa que Dios concederá á sus elegidos. Amén.

LA SEMILLA Ó LA PALABRA DE DIOS

Beati qui audierit verbum Dei.

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios.

(LUCAS, 11.)

Así como Dios no tiene más que una sola naturaleza, tampoco tiene más que un solo pensamiento interior, un solo Verbo, una sola palabra. Así, la misma palabra de Dios que ha operado prodigios tan sorprendentes, tan admirables en el orden de la naturaleza, ha operado y opera perpetuamente prodigios más sorprendentes, más admirables en el orden de la gracia. La misma palabra de Dios que fecundó la nada, que creó todos los seres, que embelleció los cielos, que pobló la tierra, es la que ilumina las inteligencias, penetra los

corazones, doma las pasiones, confunde el error, persuade la verdad, destruye los vicios, hace germinar la virtud, cambia al infiel en cristiano, al pecador en justo, al hombre en ángel, y apartándole de su corrupción nativa, le levanta de esta tierra, por la cual se arrastraba como el irracional, y logra fije su vista allá en los cielos, su verdadero destino, como amigo de Dios que es por la gracia, hijo adoptivo y coheredero con Cristo de la gloria.

Por eso Jesucristo llama bienaventurados á los que escuchan dócilmente la palabra divina, la guardan cuidadosamente en la memoria, y la cumplen fielmente: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

El Salvador no se ha contentado con indicarnos como de paso en el Evangelio la excelencia y el fruto de la palabra divina y las disposiciones con que debe escucharse; ha querido además, en la parábola de la semilla, entrar en los más leves detalles sobre este punto. Esta importante parábola es la que me propongo, no explicar, puesto que el mismo Hijo de Dios la explicó á sus Apóstoles, sino desenvolver en toda su sencillez y según toda su importancia, á fin de que, instruidos de la excelencia, de las ventajas, de las riquezas, del poder de esta palabra divina, y al mismo tiempo de los obstáculos que la hacen ineficaz, procuremos tener las disposiciones necesarias para escucharla debidamente y así merezcamos la recompensa de la beatitud que Jesucristo nos ha prometido: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud. Ave María.*

El corazón amorosísimo de Jesucristo, hermanos míos, su ardiente deseo de procurar nuestro bien espiritual y nuestra salud, se ha manifestado en todas sus obras y en todos sus discursos. He aquí, pues, entre los testimonios de su tierno amor, las primeras palabras con que expuso la parábola de la semilla, cuando exclamó con acento de la más dulce caridad: «Un hombre salió á sembrar su simientes». La semilla de que nos habla el Señor es, como lo ha declarado Él mismo, la predicación de la palabra divina; pero recordemos que Jesucristo ha dicho también: «He salido de mi Padre, y he venido á este mundo»; y además ha dicho: «Yo no he venido á este mundo más que para dar testimonio de la verdad». El hombre, pues, que sale á sembrar la semilla en su campo, no es otro, nos dice Haymón, según San Juan Crisóstomo, que Jesucristo mismo, que ha salido del seno de su Padre y ha venido al mundo; no cambiando de lugar, puesto que Dios se encuentra en todas partes, sino asumiendo una nueva existencia y haciéndose Hombre, ha venido á esparcir la semilla, es

decir, á predicar la doctrina evangélica, la misma que hasta ahora se encuentra en la Iglesia, y no cesa de repetirse y de enseñarse allí.

Pero notad, hermanos míos, toda la belleza y misterio que hay en esa expresión, su semilla, su semilla propia; porque la doctrina que Jesucristo ha venido á predicar en el mundo no es una doctrina extraña, sino la que le pertenece. Todo lo que anunciaban los Profetas lo decían en nombre del Espíritu de Dios, y no lo daban como una doctrina propia. Por eso se servían siempre de esta expresión: «He aquí lo que dice el Señor». Pero Jesucristo, en lugar de esta fórmula: «Dios me envía para deciros», se servía constantemente de esta otra: «Y Yo os digo»; porque Jesucristo posee la semilla celestial. Es preciso advertir igualmente: que la doctrina que predicaban San Pablo, San Juan, no les pertenece; no la poseen sino porque la han recibido. Sólo Jesucristo tiene propia esta divina semilla; porque no viene á revelar doctrinas y palabras tomadas de otro, puesto que por su naturaleza divina es el Verbo, la palabra, la sabiduría misma de Dios vivo, sino que Él toma su palabra del fondo mismo de su naturaleza divina.

Pero en tanto que Hijo del hombre el Señor había dicho á los judíos: «Mi doctrina no es mía; pertenece al Padre que me ha enviado»: dijo en seguida á los Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, Yo os envío. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.» Resulta pues de esto evidentemente, que como el Padre celeste ha enviado á su Hijo para anunciar su doctrina al mundo, así Jesucristo no ha podido enviar á los Apóstoles y sus sucesores más que para predicar esa misma doctrina. Luego así como la doctrina de Jesucristo no es más que la del Padre celeste, así la predicación de los Apóstoles no es más que la doctrina de Jesucristo; porque «como el Padre está siempre en el Hijo y con el Hijo», así Jesucristo está siempre en los Apóstoles y con los Apóstoles, ó en la Iglesia y con la Iglesia. Quien fuere dócil á la voz de Jesucristo, será discípulo de Dios Padre; y lo mismo quien escuche dócilmente la predicación de los Apóstoles y de los ministros de la Iglesia, escucha también á Jesucristo: *Qui vos audit me audit.*

Por consecuencia, aunque miserables y pecadores, desde que somos ministros de la Iglesia, con la legítima misión de predicar recibida de la Iglesia, desde que tomamos por base de nuestra doctrina el Evangelio, por intérpretes las decisiones de la Iglesia, los sentimientos de los Padres, las máximas de los santos, los monumentos

venerables de la antigüedad sagrada, desde entonces tenemos la buena semilla destinada á sembrarse en el campo evangélico de las almas; y esta semilla es verdaderamente divina, está verdaderamente en nosotros en un sentido real y no figurado la palabra de Dios mismo; de Dios recibimos la materia, la fuerza, la autoridad de nuestros discursos; es Dios quien os exhorta por nuestra boca. Esta palabra la tenemos de Dios, la predicamos en compañía de Dios, os la traemos de parte y en nombre de Dios. Somos discípulos de la misma escuela, formados por el mismo Maestro, os predicamos la misma palabra, la misma doctrina que los doctores de la Iglesia han tomado de los Padres, los Padres de los Apóstoles, los Apóstoles de Jesucristo, y Jesucristo de Si mismo. Es, pues, la misma doctrina, la misma palabra divina que, saliendo del corazón de Dios, del espíritu de Dios, pasando por la divina boca del Hijo de Dios, y por El conservada siempre pura en boca de los hombres encargados por El de repetirla y anunciarla, queda siempre palabra de Dios; es Dios quien la dicta; Dios es el Autor de la misma. Verdad es que nosotros podemos tener la desgracia de engañarnos ó de engañar; pero al momento nos advierte la Iglesia, nos corrige, nos retira su mandato, su misión, nos condena al silencio. Pero en tanto que la Iglesia nos envía, nos sostiene, nos aprueba; en tanto que estamos con la Iglesia en unión de fe, de doctrina, de amor, somos el canal sagrado por donde las aguas saludables de esa fuente divina se esparcen sobre nosotros, ó más bien, somos la mano del divino Sembrador que esparce en la tierra de vuestras almas la semilla de su palabra.

¡Oh, qué bien comparada está á la semilla la predicación de la divina palabra! *Semen est verbum Dei!* He lo aquí:

Así como el trigo no se deposita grano á grano en el surco, sino que la mano del sembrador lo esparce en derredor en un terreno bien preparado, así la boca del predicador esparce la palabra sobre las almas de la atenta asamblea.

Así como la semilla es el principio de todas las plantas, de las hojas y los frutos, así en el proceder ordinario de la Providencia, á comenzar por la fe, la palabra de Dios es en el hombre el principio y la causa de la fe y de todas sus buenas obras. «La fe viene del oído», ha dicho San Pablo.

Así como la tierra, si no está sembrada, no produce más que inútiles yerbas, abrojos y espinos, así el terreno del corazón del hombre, si la palabra de Dios no le es anunciada, no produce más que pensamientos, afecciones, obras pecaminosas ó inútiles y vanas.

Si la semilla tiene necesidad del terreno, éste es fecundado por

aquella; y así como la palabra de Dios tiene necesidad de la cooperación del libre albedrío del hombre, toda virtud por parte del hombre, toda fuerza productiva de obras espirituales, sobrenaturales, divinas, agradables á Dios y meritorias de la vida eterna, depende de la palabra de Dios y de la gracia que ésta lleva consigo.

Así como las diversas especies de semillas producen diversas especies de granos, así las diversas sentencias de la doctrina evangélica producen diversas clases de virtudes.

Así como para que la semilla fructifique es preciso que el terreno esté roturado y labrado, así para que la palabra divina dé su fruto, es menester que el corazón que la recibe esté conmovido por el placer de escucharla, abierto con el surco de la humilde docilidad y de la pronta obediencia para practicar esta palabra.

Así como la semilla debe en la tierra calentarse y descomponerse para germinar, así la divina palabra en el secreto del corazón tiene necesidad de disolverse, de fermentar por el calor de la meditación y por los santos ardores de la oración.

Así como luego que el germen empieza á apuntar en la superficie es menester labrarlo alrededor para facilitar el desarrollo y arrancar las malas yerbas, así para que fructifique la palabra de Dios cuando comienza á germinar en el corazón, es menester arrancar las malas yerbas de los pensamientos, de las afecciones, de los cuidados profanos, empleando la hoz de la mortificación y la penitencia. La palabra de Dios es, pues, una semilla espiritual: *Semen est verbum Dei.*

Todas estas condiciones necesarias para que la divina palabra fructifique en los corazones, nos las ha indicado magistralmente Jesucristo en la parábola.

Pero ¿por qué la palabra de Dios, palabra de vida que da y restituye la gracia, que otros siglos, otros pueblos vieron tan fecunda, tan poderosa en prodigios, hasta persuadir la humildad en la grandeza, la penitencia en las delicias, el desprendimiento en la opulencia, esa palabra que ha enriquecido los desiertos con los despojos del mundo y ha hecho brillar en el mundo las virtudes del desierto, por qué esta palabra está hoy sin fuerza, sin vigor entre nosotros? ¿Por qué, lejos de renovar entre nosotros sus antiguos prodigios, nos deja en las garras de nuestros vicios y nuestras pasiones?

Escuchad, hermanos míos: Dios ha elegido el hombre para esclarecer, instruir, evangelizar, santificar á los hombres; pero no ha querido que la eficacia de los ministerios confiados al hombre dependa de la virtud del hombre; de otra manera los hombres habrían debido al hombre su santificación y su salud. La eficacia de la palabra divina

ha sido, pues, unida, no á la santidad del ministro, sino á la divinidad del ministerio; ha sido unida á la palabra del hombre, en tanto que habla en nombre de Jesucristo, ó más bien en tanto que Jesucristo habla en el hombre, en tanto que lo que dice el hombre es la palabra de Dios: *Semen est verbum Dei*.

En este ministerio el hombre nada es, Dios lo es todo: «Ni el que planta es algo, ni el que riega: sino Dios que da el crecimiento.» He ahí la diferencia que existe entre la elocuencia sagrada y la profana. Esta debe su poder al talento, á las cualidades, al arte del hombre: aquélla lo debe todo al Espíritu, á la gracia de Dios. Obtener el perdón de un acusado, ganar un pleito, hacer pasar una ley, una medida puramente política, hacer que todo un pueblo abrace el partido de una paz humillante ó de una guerra ruinosa, son triunfos que puede obtenerlos el orador político ó civil con sólo los resortes de la retórica. Pero elevar al hombre hasta los sentimientos que rehusan la naturaleza corrompida, persuadirle á renunciar á sus vicios, á sus pasiones, á sí mismo, hacer del pecador un santo, es un éxito que no puede obtenerse por un hombre con sus solos recursos y sus solos esfuerzos. El más grande orador no puede conseguirlo; y si lo consigue, aunque parece ser el hombre, es Dios quien ha operado el prodigio. *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat, Deus*. El corazón de los hombres no está entre las manos del predicador, sino en las de Dios. Su conversión y la reforma de sus costumbres no depende de nuestra elocuencia, sino de la gracia divina. En vano hablamos si estamos solos, si Dios no habla en nosotros y con nosotros. Somos los instrumentos y no los actores, la ocasión y no la causa de las conversiones. Nuestros talentos, nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, no tienen por eso ninguna fuerza; después de haber hecho todo lo que hemos podido, es nuestro deber confesar que somos siervos inútiles, y que no podemos hacer ninguna otra cosa.

Pero si nuestra habilidad, nuestras virtudes no pueden acrecentar en nada la eficacia de la palabra divina, nuestros defectos, nuestros vicios no pueden debilitarla; lo mismo nuestra habilidad que nuestras virtudes, sin la gracia del ministerio, de nada sirven, así como nuestros defectos no pueden tampoco impedir el éxito. Cualquiera que sea el hombre que Dios haya empleado, ya sea Moisés ó Balaam, Pedro ó Judas, Juan ó Caifás, Dios habla siempre por boca de su ministro legítimo; y por consecuencia, cualquiera que sea el ministro, depende de los oyentes hacer útil ó infructuoso el ministerio.

La palabra santa por sí misma es capaz de esclarecer todas las inteligencias, de subyugar todos los corazones, de destruir todos los vicios, de hacer abrazar todas las virtudes: «La semilla que fecundiza las almas es la palabra de Dios.» Si escuchada por todos no produce sus frutos más que en algunos, proviene de la naturaleza del terreno, es decir, de la falta de los oyentes, de los cuales sólo una pequeña parte constituye la buena tierra.

La palabra evangélica es la doctrina más noble en su origen, puesto que viene de Dios; es una doctrina de la más alta importancia, puesto que Dios se digna predicarla con nosotros; es una doctrina de la mayor estima, puesto que la predicamos en nombre de Dios; y por lo tanto, debe ser recibida con humildad, con atención, con amor. Debemos guardarnos de ir á escucharla por curiosidad, de recibirla con indiferencia.

Así como podemos tener una doble intención cuando vemos las pinturas y estatuas de los santos: esto es, ó edificarnos venerándolas por un sentimiento religioso, ó bien tener el placer de admirar el arte, así también hay dos maneras de escuchar la palabra de Dios: la una, de los que vienen á oír á Dios que habla por boca del hombre, y la otra, de los que quieren únicamente saber cómo el hombre habla de Dios; la una, para recibir la instrucción divina, la otra para admirar las gracias y los artificios de la elocuencia humana. Estos últimos no tienen oídos para oír; no vienen más que para repetir en seguida los más bellos pasajes, las frases, los rasgos más elocuentes, como se hace de una canción que se ha oído, de un aire musical que ha gustado en el teatro. Dios había dicho ya tocante á este punto al profeta Ezequiel: «Escuchan los discursos, y no los ponen en práctica; los toman como cantos frívolos.»

La palabra divina, que alimenta el alma y la prepara á la vida eterna, no es menos un don de Dios que el alimento que nutre el cuerpo y sostiene la vida temporal. Por un puro efecto de la misericordia divina, estamos nosotros en posesión de ese pan de vida y de inteligencia de que los judíos se hicieron indignos por su ingratitude.

Echemos una mirada sobre tantos pueblos sumidos aún en las tinieblas de la herejía, de la superstición, de la infidelidad; mientras que entre nosotros brilla la luz del Evangelio en todo su esplendor, allí no se oye una palabra salida de la boca del divino Maestro; mientras que entre nosotros, en los templos y en todas partes, resuenan las divinas lecciones, allí, bajo un cielo de bronce, sobre la tierra árida y seca, no germina un solo grano del trigo de los elegidos; mientras nosotros tenemos cuando necesitamos en los graneros in-

agotables de la verdadera Iglesia, allí jamás se oye qué conversación edificante, una sola palabra de Dios; mientras que casi á todas las horas del día tenemos nosotros exhortaciones y explicaciones de los misterios de Dios y de sus santas leyes, mientras que entre vosotros casi cada discípulo encuentra un maestro, allí pueblos enteros no tienen un solo apóstol, un solo predicador.

¿Qué hemos hecho para merecer tales ventajas? ¿Qué han hecho ellos para no obtenerlas? ¿Son vuestras virtudes ó sus crímenes lo que ha producido esa desigualdad tan grande? ¡Ah! ¡Es, Dios mío, vuestra sola condescendencia, vuestra sola misericordia, vuestra sola predilección por nosotros quien ha hecho ese discernimiento adorable! ¡Y por eso, compadeciendo la triste condición de tantos infieles, debemos continuar bendiciéndoos por nuestra suerte dichosa! Comprended, pues, cristianos, el precio de un favor divino tan manifiesto, de una gracia tan señalada; gocémosla para nuestro bien, á fin de que un día no se nos retire para nuestra condenación.

Escuchemos la palabra santa con respeto, y practiquémosla con fidelidad; porque los dichosos no son los que solamente la hayan escuchado, sino los que la conservan en su corazón con amor, la practican con sus obras: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

Quando los reyes de la tierra envían á sus ministros para anunciar sus voluntades á los pueblos, ¡con cuánto respeto se les acoge, con cuánta atención se les escucha, con qué prontitud se les obedece! Entonces, ¡con cuánto mayor respeto debe acogerse, con cuánta mayor docilidad debe escucharse á los predicadores cristianos, que vienen á notificarnos las voluntades eternas del gran Monarca de los cielos!

¿Pero con qué disposiciones se viene á oír la predicación? Cada uno se cree llegado á la perfección, é irreplicable en materia de moral y religión, de manera que juzga que con respecto á esto nada tiene que recibir. Se va pues, al sermón, los unos por curiosidad, los otros por costumbre; quién por ligereza ó por respeto humano, quién para criticar ó para admirar al orador. Muy pocos van para sacar el provecho espiritual y escuchar la palabra de Dios. La mayor parte no van como cristianos que creen, sino como censores que examinan, como jueces que deciden, como filósofos que desdénan, como mundanos que buscan un pasatiempo. Si con tales disposiciones tuviésemos nosotros el espíritu de los apóstoles y de los profetas, no sacaríamos ningún fruto de nuestras predicaciones.

¿No eran profetas Isaías, Jeremías, Elías y Juan Bautista? ¿No

eran apóstoles Pedro, Pablo y Santiago? ¿Y qué fruto obtuvieron con sus predicaciones, de aquellos hombres dominados por la lujuria y por el orgullo; de aquellos hombres que no los escucharon sino con un espíritu de maligna curiosidad, soberbia ó indiferencia?

¡Ah! Ya os lo hemos dicho y no cesaremos de repetirlo: las virtudes del predicador no hacen las virtudes de un pueblo, sino las virtudes, las buenas disposiciones del pueblo son las que dan el éxito al predicador. Si fueseis lo que debéis ser, humildes, dóciles, ávidos de recoger la semilla de la divina palabra, vuestras disposiciones suplirían la habilidad que nos falta. La semilla divina, al caer en una buena tierra, daría frutos abundantes; pero mientras seáis vanos, frívolos, disipados, orgullosos, corrompidos, endurecidos, obstinados contra todo lo que podría conmoveros, penetraros de compunción y convertirlos, la semilla divina, en un terreno tan miserable, tan seco, tan duro, tan lleno de abrojos, aunque fuese esparcida por la mano y con el espíritu de los apóstoles, no fructificará jamás.

Procuremos, pues, ir á oír los sermones con las disposiciones necesarias, y llevar un corazón dócil y lleno de sinceridad, un ardiente deseo y una afección verdaderamente piadosa. Esforcémonos en que la semilla divina caiga en buen terreno y bien preparado: *In terram bonam.* Sólo así será pronta la germinación y bueno el fruto. Para una alma sincera y fiel, no hay discurso inútil. Dios habla siempre para quien quiere escucharle. El Espíritu Santo hará lo que el hombre no puede hacer; dirá en secreto lo que el hombre no puede decir. El mas mediano predicador será con tales oyentes un apóstol y un profeta, y entonces la santa predicación será para cada uno de nosotros una semilla que fructifica, una antorcha que alumbrá, una doctrina que instruye realmente, un elemento que sostiene, una bebida que restaura, un bálsamo que da la salud, una llama que destruyendo todo lazo profano, encenderá en nosotros el fuego del amor divino, y nos asegurará la beatitud prometida á los que escuchan con docilidad, conservan cuidadosamente y cumplen con fidelidad la palabra divina: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

PARÁBOLA DE LA OVEJA DESCARRIADA

Ita dico vobis gaudium erit coram angelis Dei super uno peccatore penitentiam agente.

Así os digo que habrá gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

(S. LUCAS, c. 15, v. 10.)

El Evangelio, hermanos míos, nos dice que se acercaban á Jesús los publicanos y pecadores, para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Este recibe á los pecadores y come con ellos.» Estas palabras presentan á nuestra meditación tres objetos importantes: el apresuramiento de los pecadores por acercarse á Jesucristo; su indulgente bondad para con ellos, y la maldad de los fariseos para con el Salvador. Jesucristo hubiera podido fácilmente confundir á los fariseos, desmascarándolos y poniéndolos en parangón con aquellos mismos pecadores, mucho menos culpables en realidad que los que hacían un crimen el recibirlos. También hubiera podido decirles que, pues les permitía á ellos que se le acercasen, á pesar de su orgullo, dureza, hipocresía y otros vicios, no debían extrañar que admitiese en su compañía hombres cargados de culpas mucho menos graves. Pero su extremada dulzura estaba muy lejos de tomar esas represalias, que más sirven para enajenar los ánimos que para atraerlos. En el transcurso de su carrera le vemos siempre acusado y no usar jamás de una recriminación, y entonces es cuando más testifica á los escribas y fariseos la indulgencia que le echaban en cara por los publicanos y pecadores. Contentábase siempre con desengañarlos y esclarecerlos, y para evitar cuanto pudiese tener un tono de reproche, oculta las lecciones que les da con el velo de las parábolas.

Y les propuso esta parábola, diciendo: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se había perdido, hasta que la halla? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso, y vinien-

do á casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dañme el parabién, porque he hallado mi oveja que se había perdido. O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende el candil y barre la casa y busca con cuidado hasta hallarla? No es difícil comprender el sentido de estas dos parábolas ó alegorías, pues, evidentemente, se nos descubre lo que Jesucristo quiso manifestarnos, que es su bondad y misericordia en llamar y recibir al pecador. Discurramos sobre tan dulce misterio de amor. Ave María.

El dueño de las ovejas de que nos habla el Evangelio en esta parábola, hermanos míos, es el mismo Jesucristo, Señor de todos nosotros. Mientras que estamos en el mundo somos sus ovejas, á quienes él ama, á quienes prodiga sus más tiernos cuidados, á quienes conduce por su propia voz y la de los pastores que nos concede, á quienes alimenta con su propia carne y su propia sangre, y á quienes defiende con su gracia del lobo voraz que nos cerca y procura devorarnos. Pero al representarse á sí mismo bajo este emblema, nos muestra con su ejemplo lo que deben ser aquellos á quienes él confía la custodia de su rebaño, cuya solicitud asocia á la suya, para conducirlo, alimentarlo y defenderlo. La oveja perdida de que él nos habla, es esa infortunada multitud extraviada en las sendas del pecado, en pos de la cual corría Jesucristo, y que constituía como él mismo dice, el objeto principal de su ministerio y de su celo.

Al abandonar las noventa y nueve ovejas en el desierto, para correr en pos de la que se ha perdido, quiere hacernos comprender que él la prefiere y que la ama sobre todas las otras? Desechemos este pensamiento, injurioso para su bondad y justicia. Las almas justas que, siguiéndole con fidelidad, no se separan nunca de él, serán siempre el objeto de su predilección. Si emplea más cuidado con las almas perdidas, conserva siempre más ternura hacia las que le son fieles. Él mide sus socorros, no por el amor que consagra, sino por las necesidades que encuentra. Así, pues, y él mismo nos ofrece esta comparación, no es al que goza de buena salud á quien el médico prodiga sus cuidados, sino á los enfermos. Aunque corre tras de la oveja perdida, Jesucristo no pierde de vista á las que han permanecido fieles. Su vista, siempre fija sobre ellas, vela continuamente por sus necesidades; si las deja en el desierto, no es porque las tenga abandonadas, sino que las aleja del contagio del mundo y las preserva de los peligros que en él corren.

Jesucristo no se contenta con buscarla ligera y momentánea, sino que corre en pos de la oveja perdida, constantemente, con per-

severancia y sin desalentarse, hasta que al fin llega á encontrarla. Bien saben todos aquellos que han tenido la dicha de ser apartados de sus extravíos, con cuánta misericordiosa insistencia los ha seguido el Redentor, lleno de bondad, con sus invitaciones, con sus exhortaciones, con su tierna solicitud y gracias de toda especie. ¡Ah! sin esta indulgencia incansable, ¡cuántos de ellos estarían aún bajo el vergonzoso peso de sus pecados! ¡Cuánto tiempo han dejado pasar sin querer rendirse á sus instancias! ¡Cuántas inspiraciones han rechazado, cuántas ocasiones han perdido, cuántas gracias han repugnado, antes de volver á los brazos que él les tendía! Y los que permanecen aún en un funesto alejamiento de él, ¿pueden desconocer todo lo que hace el buen Pastor para conducirlos de nuevo al redil? ¿Pueden ser sordos á su voz paternal, que de tantas maneras los llama? Unas veces les inspira útiles remordimientos, otras les hace experimentar una saludable confusión por sus faltas; ya los atrae con ejemplos patentes de virtud, ya los aterra con terribles espectáculos de muertes repentinas; á veces aparta de ellos las ocasiones peligrosas, y á veces deshace los criminales vínculos, empleando sucesivamente la voz de sus pastores y el lenguaje, más enérgico aún, de los acontecimientos. ¡Y es Dios el que se digna observar esta conducta con los hombres! Dios, el ofendido, el ultrajado, es el que da testimonio de su inalterable paciencia y de su bondad inagotable para con el hombre, que no deja de corresponder á estas pruebas de amor con nuevas ofensas y nuevos ultrajes! ¡Ah! Si nuestro espíritu se pierde, se confunde y se abisma en la contemplación de la infinita misericordia, ¿es menos incomprensible nuestra ingratitud obstinada?

Por fin, á fuerza de correr tras la oveja perdida, el divino Pastor llega á encontrarla. ¡Tan perseverantes y continuos han sido los cuidados y los afanes que ha empleado para conseguirlo. Aquí es donde sobre todo se manifiesta toda la magnitud de su caridad. No se irrita contra ella por su fuga, no se queja de las incomodidades que le ha causado, ni de la fatiga que le ha producido. Toda su ocupación ha consistido en conducirla al redil que había abandonado, y donde volverá á encontrar su tranquilidad y ventura. Al verla fatigada por su largo extravío, cansada de andar errante, abatida y lánguida por todo lo que acaba de sufrir, muévela la debilidad á que la ve reducida, y toma sobre sí el trabajo de la vuelta, á fin de evitárselo; y cansado como está de haberla seguido tanto tiempo, la toma sobre sus hombros y la lleva, sin dejarla en todo el camino, hasta que llega á depositarla en medio del rebaño.

Uno de los principales obstáculos para la conversión de los pecadores es la idea sombría y espantosa que se forman de ella. Representátese el camino de la penitencia erizado de dificultades y de fatigas, y es el enemigo de la salvación el que, á fin de guardar en su poder á los que se le han sometido, exagera á sus ojos los sacrificios y las austeridades que Dios les ha de exigir para recibirlos en su servicio. ¡Cuántas conversiones próximas á operarse, y á veces hasta ya comenzadas, ha detenido esta fatal prevención! Almas extraviadas, á quienes la gracia solicita para que volváis á ella; que deseáis y teméis á un mismo tiempo rendiros á sus invitaciones; que flotáis inciertas entre el terror de los suplicios, que deben castigar vuestros crímenes, y el de los rigores, que deben expiarlos; que no tenéis ni la firme intrepidez de desafiar al infierno, ni el santo valor de hacer lo que es preciso para evitarlo; que permanecéis en vuestro pecado únicamente porque os encontráis en él y porque creéis muy penosa la salida... ¡Ay! aun cuando fuese cierto que la penitencia debe ser tan pesada como os lo figuráis, y que estos ejercicios son tan rigurosos como vuestra imaginación os los presenta, ¿no sería todavía para vosotros un deber el entregarlos á ellos, y una felicidad el poder evitar á tal precio los horribles males que os amenazan, y merecer los inmensos bienes que os están ofrecidos? Sobreponéis á ese pensamiento, tan funesto como falso. Os engañáis lastimosamente al creer que seréis más desgraciados en vuestra penitencia que lo sois en vuestra culpa. Es verdad que la penitencia tiene sus rigores, y sería por nuestra parte una prevaricación el ocultárselo; pero el prisma por el cual los veis, los abulta á vuestros ojos. La penitencia tiene sus rigores, pero también tiene sus dulzuras, que la misma ilusión sabe ocultaros, que no conocéis y de que no podéis formaros una idea. Preguntad á los que, más valerosos que vosotros, han vencido al enemigo que vosotros teméis atacar; á los que, habiéndolos precedido en el sendero del crimen, teméis seguir en el del arrepentimiento. Ellos solos pueden comparar el estado en que os encontráis con el en que ellos se hallan; ellos solos tienen la experiencia de las ventajas y de los inconvenientes del vicio y de la virtud, y de las penas y satisfacciones que siguen á la una y al otro. Todos, sin excepción alguna, os responderán que el yugo del Señor, con que se hallan cargados, es mucho más leve que la cadena de su enemigo, de que se han visto libres. Atrévete á la empresa, y todo lo que hoy os parece impracticable os parecerá sencillo. Para evitaros la fatiga de volver hacia él, el mismo Dios, como os lo tiene ofrecido, os tomará sobre sus hombros, y os llevará, conduciéndoos por la senda que

juzgáis tan penosa. Atreveos á la empresa, y todo lo que se os hace duro y gravoso os parecerá dulce y agradable. Cuando los hayáis abandonado, no echaréis ya de menos esas inclinaciones y esos vínculos vergonzosos, de que hoy creéis imposible el separaros. En lugar de esos falsos bienes, de que os desengañaréis bien presto, gustaréis con placer las dulzuras de la inocencia, los encantos de la piedad, la calma de la conciencia, la alegría de estar bien consigo mismo, el goce de la amistad de Dios y la esperanza de sus infinitas recompensas; y lo que no podéis comprender, lo que sobrepuja á todos vuestros pensamientos, que son los consuelos íntimos que Dios derramará en vuestra alma, los encantos que su gracia prestará hasta á los mismos ejercicios de vuestra penitencia; los placeres de que rodeará hasta vuestras mortificaciones, endulzando su amargura, haciéndooslas desear tanto como ahora las teméis, y haciéndoos encontrar en ellas tanto placer, como tormento habíais creído encontrar.

Jesucristo reúne á la parábola de la oveja descarriada, la de la dracma perdida, porque ambas tienen un mismo objeto y en ambas nos ofrece la imagen de la misericordiosa bondad con que busca á los pecadores, enseñándoles el modo de corresponder á ella, y enseñando al mismo tiempo á los pastores cómo deben secundar su beneficencia. Pero en esta última añade algunas circunstancias, cuya meditación puede ser en extremo útil.

La mujer pobre que, no teniendo más que diez dracmas, ha perdido una, se da prisa á buscarla tan pronto como advierte su pérdida, empleando al objeto todos sus afeanes y cuidados. Asimismo el que se reconozca culpable de un pecado debe al instante, y sin diferirlo, tratar de recobrar la perdida inocencia. Toda dilación en este asunto podría serle fatal. En efecto, ¿puede saber si el que ha prometido venir, cuando menos se le espere, lo vendrá á sorprender en tal estado y á pedirle la cuenta que hemos de dar todos? Y aun cuando, lo que es muy difícil, estuviese seguro de tener tiempo de hacer penitencia, ¿puede estarlo también de que tendrá voluntad para ello? ¿No debe saber que el pecado es un peso que arrastra hacia otro pecado; que el que persevera en la culpa se aficiona á ella; que con la afición se contrae el hábito; que la conversión se hace más difícil cuanto más se difiere, y que, por consecuencia, estas dilaciones deben hacerle temer lo todo, tanto de Dios como de sí mismo? El pecador, pues, debe procurar ofrecer á su consideración estas importantes verdades, y convencerse de los peligros que encierran estas dilaciones, y así, poner término á tan funestos retardos.

A ejemplo de la mujer que, para hallar su dracma, comienza por encender la luz, el pecador debe procurar, con la gracia divina, que la antorcha de la fe le ilumine. A la claridad de esta llama celeste, disipando las tinieblas con que el pecado ofusca su alma, le hará estudiar, así la ley que él ha infringido como la sentencia que le condena; le hará comprender el término de sus placeres, el extremo á donde le conducen y los castigos espantosos que han de ser su consecuencia. Con este resplandor brillante penetrará hasta en lo más íntimo de la conciencia del pecador, tanto para darle el más perfecto conocimiento de sí mismo, como para que se confunda por sus pecados más recónditos, hasta aquellos de cuya confesión él mismo se avergüenza. Pero ¡ay! ¡cuántos pecadores, deslumbrados por el falso resplandor del vicio, toman, según la expresión del Profeta, la luz por las tinieblas y las tinieblas por la luz, y se complacen en permanecer en la obscuridad donde se hallan sumergidos! ¡Sus ojos, semejantes á los de las aves nocturnas, debilitados por la costumbre de vivir entre las sombras, al verse heridos por los rayos del sol de la verdad, temen su luz, y se cierran voluntariamente para no percibir sus resplandores! Este es el colmo de la desgracia. La ceguera más incurable es aquella que no se quiere curar. ¿Qué esperanza puede haber por el que se priva á sí mismo de todos los recursos?

La mujer de nuestra parábola no se limita á encender luz para ver dónde puede estar la dracma que se le ha perdido. El mismo Jesús nos la representa infatigablemente ocupada en barrer la casa donde la espera encontrar, la busca con un cuidado extremo por todos los rincones y hasta en las barreduras. Así pues, no basta al pecador haber reconocido, al resplandor de la antorcha de la fe, todos sus pecados en su horrible fealdad y todas las penas que por ellos ha merecido, ni el haber vuelto en sí por este conocimiento; sino que le es necesario barrer su alma, limpiarla de todas las suciedades que la infectan, desembarazarla de todos los afectos corrompidos, de todos los deseos desarreglados, de todas las inclinaciones viciosas y de todos los hábitos criminales que en ella ha dejado acumular. En el fondo de este montón de podredumbre es donde encontrará su dracma perdida, su inocencia, que debajo de ellas ha estado oculta y que por ellas ha sido manchada. Sólo barriendo fuertemente y echando fuera toda esa inmundicia, es como podrá devolver á su alma su primitiva candidez, adquirida con el agua del bautismo. Pero será infructuoso el buscar esta preciosa dracma, en tanto que su casa no esté completamente limpia y libre de todas las inmundicias y fealdades. La penitencia es nula cuando no es completa y mientras se con-

serve el alma cargada de todos sus pecados, aun cuando quede uno solo, ó siquiera la afección hacia alguno de ellos. El pecado hacia el cual se siente una tan pertinaz inclinación es el que se debe barrer primero. La desgraciada complacencia en una pasión favorita, que se supone inocente y que, por lo tanto, no se procura desarraigarse, es la que hace tantas conversiones imperfectas, y, por consiguiente, inútiles. ¡Desgraciados! han sufrido todas las fatigas de la penitencia, y no han reportado el provecho; han sembrado, y no cogen. ¡Estos son tanto más dignos de lástima, cuanto que no conocen su estado! En mitad del sendero del crimen se creen en las vías de reconciliación, y la conciencia artificial que se han formado, en lugar de ilustrarles sobre sus peligros, contribuye todavía á engañarlos.

Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas y dice: Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia. Jesucristo aplica esta conclusión sucesivamente á las dos parábolas, para que nos fijemos en ella con una atención particular. Por este medio quiere excitar más todavía á los pecadores á la conversión, manifestándoles toda la alegría que causará, no sólo en la tierra, sino hasta en el cielo.

Esos vecinos, esos amigos que reunen, el pastor que ha encontrado la oveja extraviada y la mujer que ha hallado la dracma perdida; los que les dan el parabién por su felicidad y se regocijan con ellos, son todas las almas justas, todos los santos de la tierra. Mientras que en sus conventículos los malvados se afligen de ver á uno de sus semejantes apartarse de su sociedad, y contrariando sus resoluciones con intrigas, sarcasmos y befa, se esfuerzan por detener su vuelta hacia Dios, por arrancarle de su marcha regular y atraerle de nuevo á sus maldades; las almas religiosas se complacen y lo celebran. La caridad de que se hallan animados convierte en felicidad personal la de cualquiera de sus hermanos; se reunen con avidez al rededor del nuevo prosélito de la virtud, le felicitan por haber venido á participar de la ventura que ellos gozan, se felicitan á sí mismas por haberle adquirido para sus santas reuniones, se unen á él para dar por ello las gracias al Autor de todo don perfecto, y secundan sus esfuerzos con sus votos, le alientan con su ejemplo y le sostienen con sus exhortaciones.

Y el cielo también se digna participar de esta alegría, y parece como que la felicidad infinita se hace entonces susceptible de aumentarse. La conversión de un pecador es una nueva dicha para los espíritus bienaventurados, un nuevo asunto para sus cánticos de alabanza y para sus actos de agradecimiento.

Pecadores vueltos á la gracia, contemplad en lo alto de la ciudad celeste á los ángeles y á los santos aplaudiendo vuestros esfuerzos generosos, preparándoos un lugar entre ellos, llamándoos con sus fervientes votos é instándoos para que acabéis de hacerlos dignos de participar de su compañía. Corresponde por vuestra parte á sus invitaciones afectuosas, y después de haber alcanzado de la divina gracia tantos preciosos favores, mereced el último de todos, sin el cual los demás no son nada, y que es el complemento de todos ellos: el don de la perseverancia. *Amén.*

MILAGROS DE JESUCRISTO

Respondens dixit illis: euntes, renuntiate Joanni quem audistis et vidistis: quia ecce videtur, claudens ambulans, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt.

Contestando Jesús á los discípulos de Juan, el Bautista, les dijo: Volvete, y referid á Juan lo que habéis oído y visto; esto es, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen y los muertos resucitan.

(S. LUCAS, c. 7, v. 22.)

Durante el segundo año del ministerio evangélico de Jesucristo, el Bautista, su santo precursor, estaba encarcelado. Este glorioso amigo del Mesías preveía que no había de tardar en sucumbir al odio de sus enemigos, y quiso que, antes de su muerte, los discípulos que le seguían en su predicación conocieran á Jesucristo. La empresa no era fácil, porque los discípulos de Juan estaban llenos de prejuicios y prevenções. Vieron que Jesús acudió humildemente, como la generalidad de los judíos, á recibir el bautismo de Juan, y creyeron que éste, por sólo dicho acto, había adquirido una especie de superioridad sobre Jesús. Poco tiempo más tarde vieron que Jesús reunía, á su vez, discípulos, se hacía seguir por ellos, bautizaba, predicaba